

Un país (todavía) en potencial

Ricardo Aronskind¹

¿Cuál ha sido el hilo conductor para explicar qué fue de la economía argentina a lo largo de estos doscientos años? ¿Se puede encontrar una lógica de comportamiento que conduzca en alguna dirección determinada? ¿Hay causas y razones permanentes del pobre desempeño argentino a lo largo de dos siglos? Probablemente en los países que se ven a sí mismos como exitosos, sea posible escribir una historia, una historia económica, que desemboque “inevitadamente” en un presente de prosperidad más o menos difundida. ¿Cómo contar una historia así para la Argentina, país siempre potencialmente próspero, cuyos abundantes recursos materiales y humanos no permiten explicar los reducidos logros económicos y las carencias y sufrimientos de una parte importante de sus habitantes? Los estudios económicos comparativos, han colocado a la Argentina en un mismo grupo con Canadá y Australia hace cien años, o que Brasil hace cincuenta. A medida que transcurren las décadas, el grupo de referencia va variando, ya que las naciones similares se adelantan y Argentina pasa a ser comparado con otro nuevo subgrupo, que está, en el presente, “en proceso de desarrollo”.

En general hay coincidencia en que, hace doscientos años, el espacio geográfico que hoy es Argentina estaba dotado con algunos valiosos recursos naturales (suelo, agua, clima), aunque escaseaban otros, como el carbón y el hierro, que eran propicios para iniciar un proceso de industrialización. Pero si se pretende una explicación satisfactoria del devenir argentino debe mirarse el factor social y humano: tanto por características objetivas (el escaso poblamiento y ocupación del territorio) como por la cultura que impregnaba el mundo colonial español, este espacio geográfico avanzó muy lentamente en términos de la modernidad productiva y de desarrollo autocentrado.

La España que llegó a lo que luego se llamaría América era la misma que acababa de atender contra su propio progreso al expulsar a los árabes y a los judíos. Había ganado la Inquisición y con ello fue frenada la expansión de ideas innovadoras que comenzaban a circular en las postrimerías del tiempo medieval. No cabe duda que el enfoque colonial del imperio español estaba inspirado en la mera extracción de riqueza de los territorios conquistados, un espacio a explotar en aras de la grandeza de la metrópoli, más que una nueva tierra en la cual extender la civilización de la madre patria. Ese enfoque depredador de pueblos y riquezas va a marcar el virreinato, sembrando ya las semillas del subdesarrollo. Fue el colapso de la monarquía española en la metrópoli la que precipitó un proceso político que desembocó en la independencia de las colonias americanas. Estas pasaron del monopolio comercial empobrecedor con España al librecambio empobrecedor con Inglaterra. La precariedad productiva y técnica de las Provincias Unidas del Río de la Plata y la balcanización latinoamericana constituyeron las condiciones de partida para los nuevos vínculos económicos que se establecieron con el mundo desarrollado de aquel momento, el norte de Europa. Internamente, los prolongados enfrentamientos derivaron en el triunfo de los intereses de los terratenientes, comerciantes y financistas asociados al puerto de Buenos Aires. Se configuró así una estructura muy concentrada de poder, crecientemente articulada comercialmente y financieramente con la parte más dinámica de Europa.

Gigantescas regiones fértiles se fueron “despejando” con el desplazamiento forzado de los pobladores originarios (la “conquista del desierto” de Rosas y Roca). La repartición del territorio “conquistado” no apuntó a una colonización masiva sino que se realizó entre allegados y amigos de los protagonistas militares de la “guerra contra el indio”. Esa estructura agraria extremadamente concentrada definiría un mercado reducido para la industria local, y unos excedentes financieros enormes concentrados en unos cientos de familias.

La feroz guerra civil norteamericana, entre 1860 y 1865, definió un destino de gran potencia para Estados Unidos, al imponerse el proyecto industrial, proteccionista y opuesto a la complementación

¹ Economista y Magister en Relaciones Internacionales. Investigador-docente en la Universidad Nacional de General Sarmiento y Profesor Titular de la materia Economía Política Argentina en la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales, y de Estructura Económica Argentina en la Carrera de Economía de la Facultad de Ciencias Económicas, ambas en la Universidad de Buenos Aires.

productiva con Inglaterra. Para esa misma época, en Argentina, se había completado el proceso de organización nacional y la clase dirigente argentina –con honrosas excepciones– tomaba exactamente la dirección opuesta a los Estados Unidos: apostar a un proyecto agrario, librecambista y de complementariedad comercial con Inglaterra: intercambiar cuatro o cinco productos agropecuarios, contra todos los bienes industriales modernos, que provendrían de “afuera”.

La pampa húmeda era el cuerno de la abundancia para la Argentina, especialmente para un grupo selecto cuya riqueza se volcaba en parte en gastos locales y en parte hacia el consumo suntuario en Europa. Los altísimos precios internacionales en comparación a los costos locales hicieron el milagro de financiar la creación de una infraestructura moderna –orientada hacia la exportación– para un país que cambiaba su faz humana con la incorporación de inmigración masiva desde las regiones más castigadas de Europa.

El Estado nacional nacía débil, mínimo, adecuado a las necesidades agroexportadoras. Las tareas se iban definiendo en función de los requerimientos de maximización de los beneficios de los exportadores, comerciantes y financistas. Argentina ya había sido endeudada, desde 1824, con la banca inglesa –lo que generaba interesantes negocios de intermediación– y ya tenía problemas para afrontar esos pagos. Se suponía que la relación especial con la potencia más importante del planeta duraría para siempre y resolvería todos los problemas.

La importancia del Reino Unido en la historia nacional no puede minimizarse. Su influencia se siente ya en los días de la Independencia y se extiende hasta mediados del siglo XX. La notable complementariedad entre las necesidades de la isla (alimento bueno y barato para sus trabajadores) y las capacidades productivas de la pampa húmeda fue el eje que estructuró la presencia argentina en el mundo, la distribución del poder y el dinero locales, y el relato fundacional del país. La Argentina por siempre agrícola, el “granero del mundo” desarrollado.

Pero fue justamente ese matrimonio tan inmovible entre los terratenientes argentinos y el imperio inglés lo que entró en crisis con la debacle bursátil de 1929 en Estados Unidos, seguida por el colapso de la economía mundial en los años ‘30 y el estallido de la Segunda Guerra Mundial. La decadencia del Reino Unido como potencia global desconcertó a la elite argentina, que no podía concebir otra forma de vivir, de producir y de ganar que aquellos gloriosos cincuenta o sesenta años que terminaron en el ‘30.

Fue precisamente en ese período de “gloria” donde se cristalizaron algunos de los rasgos socio-económicos más negativos, que iban a acompañar a la Argentina durante su trayectoria hasta el presente y que permiten explicar en parte su progresivo atraso: un Estado débil y penetrado por intereses particulares, los negociados entre empresarios y políticos a costa del bienestar colectivo, las rentas capturadas a partir de privilegios, obtenidas mediante regulaciones públicas diseñadas por los propios interesados, los zarpazos sobre el patrimonio público, los derechos adquiridos en circunstancias irregulares y la apelación al derecho y las “garantías constitucionales” para el mantenimiento de los mismos, el recurso a las instituciones republicanas exclusivamente para trabar los proyectos de progreso social, la subordinación de las relaciones exteriores del país a los negocios de una elite, etcétera.

La mentalidad rentística y especulativa, característica de numerosos personajes que circulan por el poder en aquellos años, y en especial en la década de 1930, impregnó a otros actores y sectores de la vida económica. La idea de “salvarse con una buena cosecha” formará parte de una idiosincrasia nacional alejada de un proyecto de acumulación sistemática, de largo plazo, para mejorar la calidad de la inserción internacional y garantizar niveles de vida elevados a la población.

La tajante división del trabajo con el mundo desarrollado creó una relación pasiva hacia el conocimiento científico y tecnológico, que se asumió provendría siempre “de afuera”. Argentina sería un consumidor y nunca un productor de esos conocimientos. Así, se retrasó el surgimiento de las carreras vinculadas al mundo productivo moderno, manteniéndose el predominio de las carreras liberales, de progreso individual, características del país agro-exportador dependiente. Ese desinterés por la investigación científica-tecnológica, decisiva en el siglo XX, se expresará también con posterioridad en el comportamiento de los propios industriales nacionales y en la bajísima inversión pública dedicada al tema.

La industria misma, a pesar de superar ampliamente la producción agropecuaria, no alcanzará nunca el status de actividad “propia”, local, argentina. Es decir: la actividad central que definía en el capitalismo moderno quienes eran países auto-dirigidos y quienes eran subordinados no era prioridad en un país cuya elite se veía como provincia próspera del Imperio Británico. Esa autoimagen arcaica del país perdurará hasta el siglo XXI.

Así, la sociedad que surge en las primeras décadas del siglo XX, educada en los tópicos intelectuales de una clase alta con aspiraciones aristocráticas, será muy abierta e integrada a la cultura occidental, tomadora de costumbres, estilos de consumo e ideas de las metrópolis, pero básicamente pasiva y mentalmente

dependiente. La clase dominante, que tanta presencia tuvo hasta 1943, irá perdiendo el ascendiente sobre la sociedad y, exiliada del aparato estatal, entrará en un sendero de degradación, buscando medios violentos de reapropiación del poder. Centrará su actividad económica en la búsqueda de grandes negocios de corto plazo, de alta rentabilidad, a partir de sus vinculaciones militares, financieras, y diplomáticas.

Este sector desplazado mirará a la economía como otro terreno de disputa político, en el que primará el objetivo de desplazar a las fuerzas ajenas a su control, aunque ello implique desestabilización económica y graves daños sociales. La desconfianza en relación a su propio país, los llevará a la preferencia por mantener su riqueza con un alto grado de liquidez, y colocada, en parte, fuera de las fronteras nacionales. Ese comportamiento constituirá para el país una severa limitación para sostener con sus propios recursos un proceso de acumulación más acelerado.

LA INDUSTRIALIZACIÓN ACCIDENTADA

La industrialización, que cambió la fisonomía productiva y social del país no hubiera contado con un impulso decisivo sin la crisis mundial de 1930. Ésta crisis en los países centrales obligó a la Argentina a sostenerse sin su tradicional esquema agroexportador. Al colapsar el fuerte vínculo con el Reino Unido, el país se adentró progresiva y espontáneamente en la única actividad que en ese momento podía proporcionar empleo y producción: la manufactura industrial. En contra de su autoimagen agraria, el país entró por un sendero del cual ya no retornaría. Argentina se industrializó a pesar del deseo y las convicciones de su clase dirigente. En los quince años siguientes se incubaron las condiciones sociales para la aparición del peronismo: la migración de miles de trabajadores rurales expulsados de esa actividad alimentó el crecimiento de las barriadas obreras en torno a las grandes ciudades y proporcionó una masa de trabajadores para los miles de talleres y fábricas que iban surgiendo para cubrir las necesidades locales. Así se creó una industria en rápido crecimiento, volcada hacia el abastecimiento del mercado interno. Sus limitaciones vendrían por la dificultad del sector privado de continuar avanzando hacia una industrialización más compleja y sofisticada, capaz de exportar y de proveer de bienes de capital a las distintas actividades productivas.

Las fuerzas armadas, especialmente el ejército, formaron parte de ese proceso, contribuyendo a la autonomización del Estado. Protagonistas durante más de cincuenta años, entre 1930 y 1982, de la política nacional, apoyaron en parte al distribucionismo peronista, luego se partieron entre los partidarios de políticas pro-agrarias o pro-industrialistas, tuvieron un fallido proyecto de desarrollismo autoritario, y cuando se afirmó el predominio neoliberal marcharon hacia su propia destrucción, al embarcarse en el mayor ataque antinacional de la historia argentina: el Proceso de Reorganización Nacional.

A pesar de las violentas pujas políticas de los años '60 y '70, marcadas por los ejes peronismo-antiperonismo y comunismo-anticomunismo, el esquema básico dejado por el peronismo continuó su marcha: presencia estatal amplia aunque mediocre en la economía, crecimiento liderado por la industria volcada hacia el mercado interno, distribución del ingreso a mitad de camino entre Europa y Latinoamérica, inflación excesiva, bajo desempleo, posibilidad amplia de ascenso social, tendencia a las crisis externas por insuficiencia de divisas. De alguna manera, todas las fuerzas políticas e intelectuales de aquellos años estuvieron impregnadas por fuertes visiones nacionalistas –en el sentido de una convicción en las potencialidades argentinas– y desarrollistas –apuntando a una intervención estatal para liderar un proceso de modernización productiva y tecnológica. La universidad argentina conoció algunos de sus mejores años entre 1956 y 1966.

La relación con Estados Unidos y con los organismos internacionales que reflejaban su hegemonía se estableció a partir de la caída del peronismo, y un flujo importante de inversión norteamericana –y también europea– contribuyó a reforzar la industria pesada local. El desarrollo parecía posible en aquellos años y la fuerte disputa social se relacionaba con el perfil que ese horizonte tendría. La tradicional dificultad para encuadrar a la Argentina dentro de algún grupo homogéneo de naciones, se reflejaba en las propias miradas sobre nuestro país ¿era una parte de Europa accidentalmente alejada de su pertenencia geográfica, o era simplemente Tercer Mundo, con su carga de miseria, violencia y atraso? La notable inestabilidad política, sin embargo, no impedía un crecimiento económico continuo, tanto en cantidad de producción, como la diversificación de los bienes manufacturados, crecientemente sofisticados.

En el Estado se reflejaban todos los síntomas de una sociedad conflictiva. La persistente inflación reflejaba la puja distributiva constante, que no se resolvía, ya que cada sector tenía capacidad para imponer incrementos de sus propios precios. La moneda nacional perdía valor y dejaba de ser un vehículo adecuado para el ahorro. El déficit público era la consecuencia de la incapacidad estatal para recaudar los impuestos que

fijaba la ley tanto como para realizar una planificación racional del uso de los recursos. El tironeo de diversos sectores de interés con influencia sobre áreas de la administración y de las empresas públicas se superponía a aquella debilidad estructural. Las empresas públicas, a su vez era instrumentadas para satisfacer múltiples requerimientos políticos (subsidiar sectores sociales, promover regiones, incrementar el empleo, crear demanda para empresas, contener los precios, etcétera), lo que en muchos casos las desequilibraba financieramente y las alejaba de sus funciones específicas de provisión de bienes y servicios. El aparato estatal en su conjunto parecía inmanejable, y si bien contribuía al crecimiento y cubría actividades que de otra forma no se hubieran realizado, desperdiciaba importantes recursos y no lograba priorizar objetivos estratégicos. Por supuesto que esa “ineficiencia” del Estado era funcional a una multiplicidad de negocios que se hacían en torno al mismo. Miles de empresas proveedoras del Estado se beneficiaban de los sobrepagos que éste pagaba, de la falta de controles adecuados y de los errores administrativos, que daban lugar a pleitos que perdía casi siempre el sector público. El Estado era un terreno de disputa económica, donde miles de transacciones de diversa índole que enriquecían a intereses privados se opacaban, dejando al aparato estatal y a su burocracia como los únicos responsables de un funcionamiento insatisfactorio del cual no eran los principales beneficiarios.

La relación con la economía mundial seguía siendo conflictiva: el país no definía una postura frente a las inversiones extranjeras, que en esa época se concretaban en nuevas plantas fabriles y otros emprendimientos. Esas fábricas, ¿impedían el desarrollo de una burguesía industrial local, o lo complementaban? En todo caso, las empresas extranjeras radicadas en el país se acoplaron rápidamente al negocio de vender productos caros –en términos comparativos– en el mercado interno, y comprar afuera sus maquinarias e insumos más sofisticados. La cuestión del autoabastecimiento petrolero desnudaba los límites del desarrollo argentino: los gobiernos oscilaban entre entregar la actividad a las multinacionales extranjeras o potenciar la actividad de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, cosa que nunca se terminaba de concretar. A pesar de los logros industriales, se seguía dependiendo de la producción agraria para conseguir los dólares necesarios para el comercio exterior.

EL CAPITAL FINANCIERO TOMA LAS RIENDAS

De similar importancia histórica que la crisis mundial de 1930, el golpe militar de 1976 será una bisagra en la historia nacional. Los cinco años del ministro José Alfredo Martínez de Hoz con poderes omnímodos al frente de la economía nacional inaugurarán el período de estancamiento más largo de la historia del país, y el primer modelo económico que no ofreció ningún tipo de progreso a la sociedad. Frente a la tradicional puja agro-industrial, irrumpirá un nuevo sector financiero privado, impulsado y subsidiado por el Estado, que ganará progresivo predominio en materia de influencia en las capas medias, en la ideología de los empresarios, y en la propia agenda pública.

Desde el Estado nacional se endeudó gravemente a las empresas públicas, se impulsó el ingreso de capitales especulativos, se abrió la economía a las importaciones y se enriqueció a las empresas contratistas del Estado a través de una obra pública costosísima. La abundancia transitoria de dólares obtenidos vía crédito externo creaba efectos artificiales de bienestar, expresados en el consumo masivo de bienes importados y de viajes al exterior. La contrapartida fue el endeudamiento público, la crisis financiera que estalló en el año 1980, y la quiebra de una parte de la industria local, lo que modificó fuertemente el perfil social de la Argentina, llevándolo hacia una estructura más “latinoamericana”, al desplazar a trabajadores industriales hacia trabajos precarios en actividades de baja productividad.

Así como el peronismo creó una serie de realidades económicas que no pudieron ser desmanteladas a su caída, la dictadura militar que gobernó entre 1976 y 1983 dejó instaladas una serie de severísimas trabas al progreso económico argentino. Probablemente la restricción central haya sido la deuda externa pública, que creó una sistemática sangría de recursos estatales y la transferencia constante de parte del producto bruto al exterior.

El experimento de Martínez de Hoz sentó el precedente de una nueva y exitosa forma de manipulación social: el “populismo neoliberal”, que se presentó nuevamente en la década de 1990. Ese esquema, en cuyo centro está la ganancia financiera, consiste en estimular el endeudamiento acelerado de la sociedad con el exterior, dulcificado por el acceso al consumo masivo de bienes importados. Mediante el abaratamiento premeditado de las divisas extranjeras por el Estado, se incrementa artificialmente la capacidad de consumo y el nivel de vida de amplias capas de la población. Se evitan así las características “enojadas” del populismo tradicional, que realiza transferencias de ingresos entre sectores en el presente. Con esta

modalidad endeudadora se crea transitoriamente una ficción consumista, que aparentemente no tiene costo alguno. Será en el futuro cuando se deba pagar el gasto, y por lo tanto cuando deban caer los ingresos. Políticamente, el momento de euforia por el “éxito del modelo” es propicio para realizar verdaderas transformaciones estructurales sin el escrutinio de la sociedad. En algún momento posterior, el supuesto bienestar logrado se torna en tragedia cuando se deben cubrir los intereses de los créditos tomados para financiar la fiesta consumista. La propia dinámica económica y la presión de los acreedores llevan a recurrir a una brusca reducción del nivel de vida de los sectores medios y bajos para “ahorrar” los recursos necesarios para pagar los “compromisos” externos.

La enorme deuda externa generada durante el Proceso abrió las puertas a la sistemática presencia de los organismos financieros internacionales en la Argentina, con un enfoque centrado en subordinar toda meta económica a procurar los fondos para cubrir los compromisos externos, a expensas del nivel de vida de los argentinos y de las posibilidades reales de crecimiento económico del país.

La intervención sistemática de los organismos financieros externos –representantes de países y bancos acreedores del país sobre la política económica–, continuó hasta el año 2005 y significó de hecho una tutela del capital financiero internacional sobre el comando de la economía nacional. Sin embargo, dicha tutela fue acompañada y promovida por un muy organizado lobby de intereses locales, que construyeron una sólida alianza con las finanzas globales. El sistema político pareció subordinarse a esa nueva realidad y las viejas mentalidades nacionalistas y desarrollistas dieron paso a las nuevas modas ideológicas provenientes de los “think-tank” de los países centrales.

El renacimiento democrático se dio en el contexto de un Estado fuertemente endeudado, una economía estancada, un liderazgo empresario hostil a la regulación estatal y sin un proyecto nacional, y una sociedad debilitada por los efectos de la desindustrialización. También en el mundo predominaba la rentabilidad financiera sobre la productiva, y una “moral” de la ganancia fácil y rápida. Muchos de las debilidades estructurales y de las distorsiones en los comportamientos económicos originados durante la última dictadura militar se fueron consolidando con posterioridad. El dólar se constituyó en un refugio y en una referencia fundamental frente a las incertidumbres de la economía nacional, provenientes del desequilibrado cuadro dejado por el régimen militar. A ello se sumó la dolarización de precios e ingresos, reflejando la pretensión de las capas medias y altas de ganar el equivalente a un monto constante de moneda “dura”. Las empresas dolarizaron sus ganancias, intentando sostener más allá de la evolución del resto de la economía, beneficios en dólares. Así, el dólar se constituyó en una referencia para todo el sistema de precios internos, y por lo tanto en un potencial disparador de remarcaciones generalizadas, en caso de subir aceleradamente. Dicho en términos más sintéticos: si el valor del dólar ascendía, subían los precios, se disparaba la inflación, caía el salario y los ingresos populares, y el escenario de conflicto podía desembocar en convulsiones sociales y violencia. El endeudamiento externo, vuelto a estimular en los años ‘90, creó condiciones de fragilidad cambiaria permanente. Con un Estado anémico, con escasas reservas de divisas, se constituyó el escenario propicio para las maniobras desestabilizantes: quien tenga suficiente poder social para liderar una “corrida” cambiaría o quien sea un fuerte abastecedor de dólares y esté en condiciones de retener su venta, puede afectar el valor de la divisa y generar considerables consecuencias sociales y políticas.

La hiperinflación de 1989, antecedente directo de las reformas neoliberales, fue un efecto de la combinación entre un Estado altamente endeudado y débil, incapaz de cobrar impuestos y disciplinar a los grandes sectores propietarios y un sector privado con bajas capacidades exportadoras pero con reflejos financieros rápidos.

Todas las prácticas parasitarias, cortoplacistas y de resignación a un rol dependiente de la Argentina pre-1930 reaparecieron, bajo las modernas formas de las “reformas estructurales”, la “apertura económica”, las “privatizaciones”, y enmarcadas en el gran relato proveniente de los centros de la “globalización”. Nuevamente se realizaron enormes negocios con el patrimonio y las empresas públicas, se crearon actividades con altas rentas garantizadas por el Estado, se relanzó el endeudamiento externo creando una fuente de comisiones para intermediarios, se impulsó y estimuló la extranjerización generalizada de las empresas públicas y privadas y de los recursos naturales, el despilfarro de recursos en muchos casos prestados, dentro de un clima ideológico festivo que navegaba en el cortoplacismo más rampante.

Recién con la debacle de fines del año 2001 pareció abrirse un nuevo momento argentino. La subordinación total del Estado a las demandas particulares de grandes empresas y grupos de interés había llevado a una catástrofe económica y social sin precedentes, que conmovió las bases de la vida social. A pesar de eso, la influencia ideológica del pensamiento neoliberal sobre buena parte de la sociedad no se disipó, como tampoco los comportamientos surgidos en la década neoliberal. Continuó vigente el relato sobre la necesidad de acudir al capital extranjero para desarrollarse, para lo cual “hay que hacer los deberes”, es decir,

subordinarse a la dominación de los países centrales y asumir un rol pasivo en el proceso de globalización. Se retomaba, en ese sentido la tradición de la ideología económica argentina previa a la década de 1930. Quebrado el espíritu de progreso en el marco de una comunidad nacional, la Argentina se fue encaminando hacia un fuerte individualismo antisocial, que permeó a amplios sectores. La desconfianza en el colectivo social –que en muchos casos no era sino la reproducción a escala de las propias conductas– se tradujo en una serie de comportamientos económicos que tendieron a volver crónica la decadencia colectiva.

La idea de desarrollo nacional se transmutó en pensamiento mágico en la década de 1990: el “ingreso al Primer Mundo” no se lograría vía producción, esfuerzo e investigación, sino “haciendo los deberes”, que era seguir los lineamientos que los centros establecían para la periferia, que conducen invariablemente a prolongar indefinidamente el atraso. El gran “éxito” en atraer inversión extranjera, “abrirse al mundo” y seguir los lineamientos económicos del establishment internacional terminó en una involución económica y social con escasos precedentes mundiales.

Argentina arribó al siglo XXI en estado grave, tanto desde el punto de vista estructural como coyuntural. Sin embargo, de la crisis no surgía una nueva visión que permitiera clarificar en qué residen sus problemas centrales y cómo podría resolverlos. Cierta grado de recuperación de la autonomía estatal no alcanzó, hasta el presente, para transformar al Estado en un mecanismo eficiente capaz de implementar políticas públicas con coherencia. El sector privado, al menos su dirigencia, parece añorar los “buenos tiempos” del Estado subordinado e impotente, que no controla ni regula. Las diversas fracciones empresarias no aciertan a proponer un proyecto económico que mejore la inserción del país en la división internacional del trabajo y que incluya satisfactoriamente a toda la población. La pobreza de sus propuestas, al filo del Bicentenario, nos habla de un actor poderoso para el veto pero impotente para ejercer un liderazgo socialmente positivo. En un plano más general, la mayor parte de la dirigencia del país aparece, a dos siglos de su fundación, atrapada en menudencias e incapaz de enunciar un ideal movilizador.

El marco de las relaciones internacionales se presenta fluido y requiere una presencia activa. El proceso de integración regional encarnado en el Mercosur, a pesar de su valioso potencial, no ha logrado aún plasmar instituciones con capacidad de superar a las presiones privadas que dificultan su avance. A su vez, Estados Unidos, la potencia dominante, sólo atina a tratar de integrar economías de la región a sus necesidades, sin ofrecer ninguna mejora real y palpable, mientras hostiga a las experiencias nacionales que muestran mayor autonomía política. Los cambios productivos, tecnológicos y financieros que se están verificando a nivel planetario constituyen grandiosos desafíos, que refuerzan la necesidad de fortalecer el propio espacio regional.

CONCLUSIONES

Esta historia es, precisamente, una de las riquezas que tiene Argentina, de la cual se puede aprender mucho sobre lo que no debe hacerse. Una de las formas de pensar entonces la historia económica argentina es la de la mayor o menor capacidad y voluntad de este país por controlar su propia evolución, para no estar supeditado productivamente a las demandas de las potencias dominantes o del mercado mundial en general.

Queda clara la extrema labilidad de la economía en relación a los movimientos del sistema mundial. Su ubicación periférica, el tamaño pequeño de su economía en términos comparados, la asimetría en los intercambios con el resto del mundo son un rasgo compartido con el resto de los países dependientes. Si es verdad que no puede entenderse el devenir de la Argentina sino en el contexto de la evolución del sistema mundial, también es cierto que siempre hubo y hay márgenes para actuar e incidir en el propio rumbo, y más en el caso argentino.

Mucho del destino nacional se ha definido fronteras adentro. En ese sentido, resalta el mal uso sistemático de la capacidad de ahorro nacional, que no es desdeñable, y que fue malgastada en pagos infinitos de deudas infinitas, consumos suntuarios dignos de un emirato o de una superpotencia, obras públicas increíblemente caras, y cientos de miles de millones de dólares de argentinos depositados en el exterior.

Argentina ha oscilado entre dos “tipos ideales” de capitalismo: el de una economía plenamente productiva, en la que se acumula riqueza incrementando sistemáticamente la capacidad de generación de bienes y servicios, y el de una economía donde la forma de enriquecimiento principal consiste en la apropiación de ingresos generados por otros sectores y en donde producir, por lo tanto, es una actividad poco rentable. Argentina siempre ha sido una combinación de ambas formas de enriquecimiento, con una presencia inusualmente alta de las formas más parasitarias, que llegaron incluso a tener la primacía en materia de la lógica económica predominante, a partir del golpe de 1976.

La historia de la ineficiencia argentina no puede contarse sólo pensando en el Estado o en el sector privado. Ha sido una larga conjunción de malas políticas públicas, lobbies privados parasitarios y acciones y presiones externas que reforzaron las peores prácticas. La dinámica así generada terminó consolidando un capitalismo con fuertes instintos prebendarios y con poco de los logros productivos y tecnológicos que se observan en otras experiencias. Es llamativa, también, la discrepancia entre el deseo de altos niveles de vida y consumo de los sectores acomodados y la baja disposición a la acumulación productiva de capital, que es la única forma no parasitaria de lograrlo.

La historia reciente se entiende mejor desde esta historia de –al menos– doscientos años. El surgimiento de una nueva potencia mundial, China, ha creado un mercado para un nuevo producto agropecuario argentino, la soja. Las firmas multinacionales de biotecnología proveen “el paquete tecnológico” para su producción, las empresas locales producen, y las firmas multinacionales cerealeras realizan el rentable negocio exportador. Parte del país vuelve al viejo sueño del horizonte de riqueza ilimitada llevado de la mano por la coyuntura del mercado mundial. El Estado, una mezcla de estructuras parcialmente desmanteladas por el neoliberalismo y de prácticas neo-intervencionistas mal ejecutadas, vuelve a ser cuestionado en su función reguladora de la economía y la vida social. El escenario mundial incide nuevamente en el país, al transformar al monocultivo en la actividad más rentable y fácil. Nuevamente los sectores dominantes carecen de una visión más amplia que la rentabilidad inmediata, en tanto los sectores subalternos aparecen fuertemente debilitados por efecto del estancamiento económico, las crisis recurrentes y la falta de discursos estructurantes. El país, como un todo, no parece ser consciente de las alternativas que enfrenta, ni encara un debate explícito sobre sus prioridades políticas, económicas y sociales.

En todo caso, Argentina cuenta con enormes recursos no desarrollados y capacidades humanas no utilizadas. Con la sola movilización de esos recursos dormidos se puede gestar un salto en el bienestar económico notable. El país tiene capacidad de generación de ahorro e inversión propios, además de desarrollos tecnológicos interesantes. Puede dar una mejor vida a todos sus habitantes. Está en condiciones materiales de eliminar la indigencia y la pobreza, y con eso reducir un conjunto de males asociados, que degradan a toda la sociedad.

En relación al sistema mundial, la vulnerabilidad que enfrenta dada su posición subordinada en la economía globalizada, se puede reducir con la integración del país a un conjunto económico y social de mayor peso específico, lo que requiere de una entidad política de mayor densidad que lo que representa hoy el Mercosur. Si se pudiera avanzar en la construcción regional, el país perdería ciertos grados de libertad para sus opciones particulares, pero sería menos vulnerable –y por lo tanto más estable y previsible– frente a los gigantescos movimientos del mercado mundial.

Simplemente usando con racionalidad social el excedente económico, reduciendo el despilfarro en endeudamientos externos innecesarios o consumos suntuarios irresponsables, y aplicando los recursos productivamente, se puede aumentar el crecimiento y la prosperidad. Si las condiciones objetivas nos hablan de grandes posibilidades, la configuración de la sociedad plantea, en cambio, severos condicionantes.

Un tema central es la incapacidad de la alta clase empresaria para formular una propuesta económica abarcativa que incluya sus propias necesidades de acumulación y al mismo tiempo las necesidades de los argentinos de vivir dignamente. Quizás esa esterilidad se explique por la presencia del “hábitus” rentista tradicional, de personal de escasa visión y fuertemente ideologizado por el neoliberalismo, y también de una proporción alta de gerentes de firmas multinacionales, naturalmente desinteresadas por el destino nacional. En todo caso, esa ausencia de ideas relevantes se complementa en estos actores con el rotundo rechazo a aceptar cualquier condicionamiento o regulación que surja de un proyecto económico colectivo.

El Estado nacional y los estados provinciales no han logrado superar una historia específica que los transformó en una maquinaria sin capacidad para pensar estratégicamente con criterios sociales y sin posibilidad de ejecutar con eficacia las políticas públicas que se requieran. Lograr una modificación cualitativa en ese terreno permitiría desenvolver extraordinariamente el potencial argentino.

Nada, ninguna fuerza trans-histórica obliga a que Argentina deje de ser un país en permanente potencial. La historia mundial muestra numerosos casos de países que decayeron luego de ser prósperos, y de países que resurgieron luego de situaciones de postración extrema.

Los argentinos dirán (o no) su palabra.

BIBLIOGRAFÍA:

- Ricardo Aronskind. *Controversias y debates en el pensamiento económico argentino*. Buenos Aires, Biblioteca Nacional-Universidad Nacional de General Sarmiento, 2008.
- Enrique Arceo. *Argentina en la periferia próspera. Renta internacional, dominación oligárquica y modo de acumulación*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes-FLACSO-IDEP, 2003.
- Autores Varios. *Nueva historia argentina*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1998-2001.
- Daniel Aspiazú y Hugo Nochteff. *El desarrollo ausente. Restricciones al desarrollo, neoconservadurismo y elite económica en la Argentina. Ensayos de economía política*. Buenos Aires, Ediciones FLACSO-Grupo Editorial Norma, 1994.
- Marcelo Diamand. *Doctrinas económicas, desarrollo e independencia*. Buenos Aires, Editorial Paidós, 1973.
- Carlos F. Díaz Alejandro. *Ensayos sobre la historia económica argentina*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1970.
- Fernando Fajnzylber. *La industrialización trunca de América Latina*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.
- Aldo Ferrer. *La economía argentina*. Buenos Aires, Editorial Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2004.
- David Landes. *La riqueza y la pobreza de las naciones*. Buenos Aires, Editorial Vergara, 1999.
- Carlos Nino. *Un país al margen de la ley*. Buenos Aires, Editorial EMECÉ, 1992.
- Oscar Oszlak. *La formación del Estado argentino*. Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1990.
- Mario Rapoport y colaboradores. *Historia económica, política y social de la Argentina. 1880-2000*. Buenos Aires, Ediciones Macchi, 2000.
- Alejandro Rofman y Luis A. Romero. *Sistema socioeconómico y estructura regional en la Argentina*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1997.
- Jorge F. Sábato. *La clase dominante en la Argentina moderna. Formación y características*. Buenos Aires, Edición CISEA-Imago Mundi, 1991.
- Jorge Schvarzer. *La clase dominante y la decadencia argentina en el siglo XX*. Buenos Aires, en prensa.
- Jorge Schvarzer. *Implantación de un modelo económico. La experiencia argentina entre 1975 y 2000*. Buenos Aires, AZEditora, 1998.
- Jorge Schvarzer. *La política económica de Martínez de Hoz*. Buenos Aires, Editorial Hyspamérica, 1988.
- Ricardo Sidicaro. *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación. 1909- 1989*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1993.
- Francisco Suárez, Héctor Ciapuscio y otros. *Autonomía nacional o dependencia: la política científico-tecnológica*. Buenos Aires, Editorial Paidós, 1975.
- Salvador Treber. *La economía argentina. Análisis, diagnóstico y alternativas*. Buenos Aires, Ediciones Macchi, 1977.
- Vicente Vázquez Presedo. *Crisis y retraso. Argentina y la economía internacional entre las dos guerras*. Buenos Aires, EUDEBA, 1978.
- Guillermo Vitelli. *Negocios, corrupciones y política. Las repeticiones de la Argentina*. Buenos Aires, Editorial Prendergast, 2006.